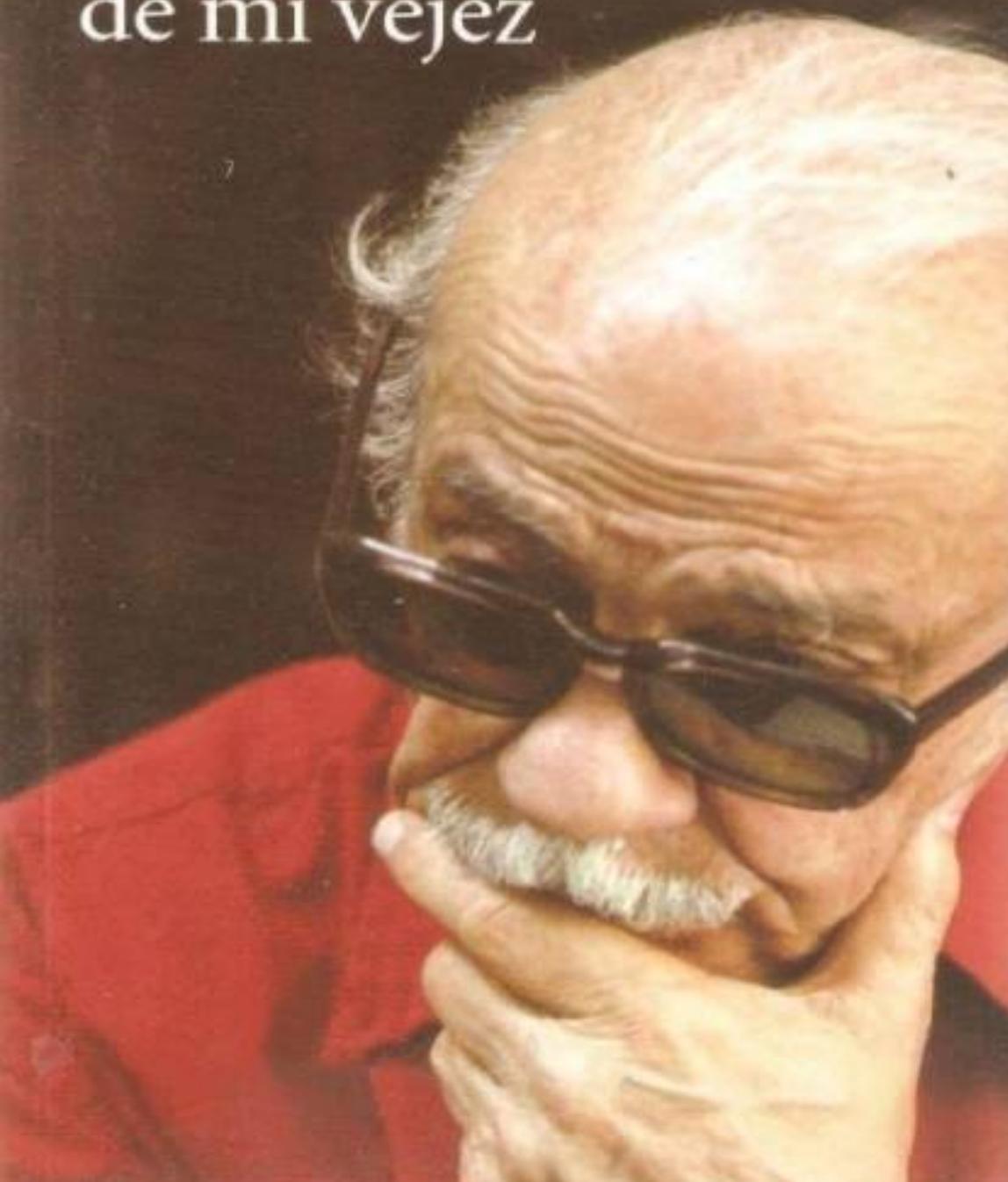


Ernesto Sabato

España en los diarios
de mi vejez



La experiencia de Ernesto Sabato por España durante los dos últimos viajes es el eje vertebrador de este cuaderno de bitácoras íntimo y vital. Sabato emprende el viaje a principios del 2002, cuando la Argentina parecía derrumbarse para siempre. Entonces, fiel a su estilo, a sus obsesiones y a su situación personal, su mirada se hace más aguda y su reflexión necesaria. Estas páginas permiten visitar a un Sabato más cercano y viajar en su compañía.

Éste libro que se lee con el deleite de quien sacia la sed. Un texto hecho de pinceladas de infancia, de lecturas, de anécdotas que constituyen el perfecto retrato del artista, de reflexiones sobre la creación literaria o la vejez y el olvido, sobre temas eternos y actuales —desde la doble naturaleza del hombre hasta la globalización, la migración, la marginación y la injusticia—, o de comparaciones entre la Argentina y España, agudas y cariñosas, pero siempre llenas de contrastes.

«España en los diarios de mi vejez es a la vez un documento de gran dignidad moral y un texto literario de arte supremo, que arroja particular vislumbre sobre un mundo en descomposición; en este sentido, la alianza entre rotundidad expresiva, emotividad, y lucidez ética lo convierte en un testimonio de enorme valor intelectual.» PERE GIMFERRER

*A los chicos y jóvenes que diariamente van a los
«fogones» de nuestra fundación en busca de ali-
mento,
de libros, de una esperanza ante la vida,
con mi fe en ellos, y mi compromiso.*

*Y a Gladys Aguilar, que ha cuidado de nosotros
durante tantísimos años, con profunda gratitud.*

PRÓLOGO O JUSTIFICACIÓN

Como me ha sucedido siempre en la vida, la decisión de publicar este libro me ha llegado luego de sufrir interminables oscilaciones.

Estos apuntes fueron escritos, y mayormente dictados a Elvira González Fraga, hace dos años, durante mis viajes por España, en aquel momento en que la Argentina se desplomó después de gobiernos nefastos, dejándola en un estado de miseria, desempleo y destrucción como jamás nadie pudo imaginar.

Algunas páginas han sido largamente elaboradas a mi vuelta o durante esos largos meses en que estuvimos de viaje. Otras permanecen como me salieron, apenas comentarios a la vida cotidiana.

Creo haber expresado algo de lo que siente un hombre al inminente borde de la muerte. Pido perdón a los lectores si no encuentran en ellos más que esbozos, apenas borradores.

El diario parece ser un escrito a mitad de camino entre la ficción y el ensayo.

Cuando me prevalece la paranoia o el pudor o la vergüenza, enarboló el sentido crítico y corrijo, y trato de alejarme del lado oscuro, nocturno, contradictorio y débil de la existencia. Trato de hacer algo fuerte.

Cuando, como ahora, prevalece mi deseo de poner lo que salga, de confesarme, hablo sin pensar.

Siempre hay máscaras; salvo cuando el dolor, la bronca o la devastadora gratitud nos desnuda el alma.

Tengo otro gran motivo para querer publicar estas páginas: la recuperación de la Argentina, este renacer de las posibilidades que se viven hoy, y que muestran, una vez más, que lo que pareció imposible está encontrando su surco. Que la utopía es el único camino.

ERNESTO SABATO

Santos Lugares,

finis de marzo de 2002 - junio de 2003

PRIMERA PARTE

5 de abril de 2002

Cuando la angustia de los hombres de mi patria hace insostenibles las horas, vuelvo a aquel gran país de mi juventud y, entonces, afanosamente busco un hilo de Ariadna que pudiera hacer comprensible tanto dolor y desconcierto.

Melancólicamente nos recuerdo tiritando de emoción en el patio de mi escuela de campo, entonando aquellas canciones en honor a los héroes, creyentes en que nosotros también, como ellos, daríamos lo mejor por esta tierra fértil que nos albergaba en busca de un destino de grandeza.

¿Qué pasó entre aquellas mañanas plenas de promesas y este tiempo aciago en que nuestra gente padece hambre y frío? ¿Qué alta traición cometimos?

Me voy para España por dos meses, un tiempo peligrosamente largo —hasta la muerte podría hallarme lejos de mi patria— a dar unas conferencias y recibir honores, que mucho agradezco y que sin duda me alentarán, pero voy en verdad para que la ausencia ahonde en mí un tal deseo por la Argentina que pueda transmitir, ya viejo y casi sin fuerzas, las reservas de esperanza que guarda en ella mi alma.

Abril, en Madrid

El viaje fue bueno.

Desde la altura volví a asombrarme de la palpable pequeñez del hombre tanto como de su desafío. Microscópico, el avión parecía moverse en un océano inconmensurable, mientras los enormes edificios, las arboledas y los monumentos iban adquiriendo proporciones más modestas, imprecisos puntos en fuga. Enseguida no se distinguieron los barrios de Buenos Aires, ni el trazado de sus calles, ni el legendario puerto del que me hablaba mi padre. Pronto nada se vio salvo la plenitud azul del océano y del cielo.

Pero imborrables como una llama delante de mis ojos quedaron las imágenes desgarradoras del aeropuerto; abrazos al borde del exilio.

Para serenarme, Elvira me estuvo mostrando mapas de algunas de las ciudades que visitaremos, y que ella ha traído sabiendo de mi fascinación por ellos. No porque sea una especie de etnólogo, antropólogo o cosa por el estilo. Simple y perdurable reminiscencia de mi época de niño solitario e introvertido que, absorto ante los mapas de un tal Artero, comenzaba a inclinarse por las ficciones y los lugares remotos en el tiempo y en el espacio. Vemos la geografía, leemos sus inscripciones: ¿quiénes eran sus habitantes?, ¿qué relación tendrán con aquellos vascos y gallegos de mi pueblo pampeano que jugaban en los frontones de pelota, o con aquel hombrón de boina negra y faja colorada que a la mañana nos traía leche fresca y hablaba a los gritos, en una lengua incomprensible, con un peón de nuestra casa?

En el avión he seguido preparando una de las conferencias. Después de idas y vueltas, le he puesto de título «Un horizonte ante el abismo».

He venido a España probablemente por última vez. Soy recibido con todo el afecto, la devoción con

que este pueblo admirable me ha tratado siempre.

Las primeras palabras quiero que sean de gratitud a la generosa y enorme ayuda que la gente de distintos pueblos de España nos ha hecho llegar a través de iglesias y distintas instituciones, como en otros tiempos nosotros supimos hacerles llegar a ellos, cuando nuestro país era una nación próspera.

Todos ustedes comparten conmigo el profundo dolor que siento por nuestra Patria.

Amo a esa tierra mía desventurada como es hoy porque allí nací, tuve ilusiones, luché con el sueño de transformar el mundo, amé y sufrí, y porque a una tierra nos une entrañablemente, no sólo sus felicidades y virtudes, sino y sobre todo, sus tristezas y precariedades. En mi país conocí a las personas que más me han amado y alentado, gente sensible, generosa, llena de talentos y posibilidades. A ellos les pertenezco en medio de esta tragedia que vivimos como lo más sagrado.

La Argentina ha caído de la situación de país rico, riquísimo, que yo en mi juventud conocí como la séptima potencia del mundo, a ser hoy una nación arrasada por los explotadores y los corruptos, los de adentro y los de afuera. Hundida en la miseria, sin plata para cubrir las más urgentes necesidades de salud y educación; exigida permanentemente por las entidades internacionales a reducir más y más el gasto público, siendo que no hay ya ni gasas ni los remedios más elementales en los hospitales, cuando no se cuenta ni con tizas ni con un pobre mapa en los colegios; esos colegios que supieron ser, cuando yo era un chico, un modelo de educación, como de los mejores del mundo.

Somos hoy un país pobre, una deuda externa ex-tenuante pesa sobre nuestro pueblo. Sufrimos una

sensación de impotencia que parece comprometer la vida de los hombres.

Sin embargo, creo en verdad que estamos frente a ese momento de supremo peligro que es, a la vez, aquel en el que crece lo que nos puede salvar, en el decir de Hölderlin.

No sabemos adonde nos llevarán los años decisivos que estamos viviendo, pero sí podemos afirmar que una concepción nueva de la vida está ya entre nosotros. En medio del caos, la pobreza y el desempleo todos nos estamos sintiendo hermanados quizá como nunca antes.

Martes

Me tranquilizó que hoy no hubiera nada previsto, ningún compromiso. Nada «agendado», como se dice ahora.

A las siete de la tarde nos fuimos tranquilamente al Círculo de Bellas Artes y nos sentamos en uno de los grandes sofás al fondo, a ese lugar que graciosamente llaman pechera, único sitio apartado y silencioso.

Desde los ventanales observo el tumulto de la ciudad. Las luces comienzan a encenderse y el tráfico de la Gran Vía me recuerda a nuestra Avenida Corrientes. ¿Y por qué habría de asombrarme? A fin de cuentas es como toda gran ciudad, con sus ruidos, su contaminación, su ritmo vertiginoso. Un marasmo de autobuses y peatones iluminados artificialmente por carteles publicitarios. Y los edificios que enorgullecen a la gente moderna, como si de la Babel se tratara.

La ciudad por la que siento nostalgia, la que ansiosamente deseo reencontrar, no es la que estoy viendo, áspera y prestigiosa ciudad europea con sus antiguos mármoles, sus fuentes y monumentos, el empedrado de sus plazas, su

majestuoso Prado, sino aquella que conservo a salvo en los espacios de la memoria, una ciudad construida por aromas, sonidos, el declinar de una tarde, una esquina, una cena compartida. Por algo tan leve, pero de tanta gravedad, hecho de presencia y de espíritu. Sí, sobre todo de espíritu.

Y que convive, además, con el recuerdo de los grandes españoles, grandes en humanidad, en el pensamiento y en las artes, a los que tuve la fortuna de conocer en otras épocas. Como al entrañable Rafael Alberti durante su exilio. Y Amado Alonso, del tiempo en que yo frecuentaba el Instituto de Filología de Buenos Aires, en la calle 25 de Mayo. Y Raimundo Lida. Y Alfonso Reyes, aunque fuera mexicano. Y tantos, tantos otros que han convertido a este pueblo y a esta ciudad en parte fundamental de mi vida y de mi destino.

Con nosotros vino Nicolás Musich porque una mano joven siempre ayuda, pero fundamentalmente porque quiero dejar un testimonio de estos años últimos y él es un excelente fotógrafo. —Lo conozco desde muy chico ya que es hijo de Elvira, y sé que puedo confiar plenamente en él—. Al rato llegó Fanny Rubio a saludarnos. Pedimos vino y nos alegramos por esta amistad de tantos años.

Conversación animada hasta la hora de comer.

Jueves

Me siento a escribir lo que me va saliendo, para asirme a algo, como uno pudiera tomarse de un tronco en la crecida de un gran río, o como si lo escrito pudieran ser mojones que me recordarán el camino cuando esté perdido; como frecuentemente me sucede en estos años cuando a cada paso enfrento un precipicio.

A ratos le voy dictando a Elvira, y entonces busco en algún fondo inhallable de mí, las escenas o los momentos

que quiero contar. A veces aparecen borrosas, a veces se muestran y luego se van, es casi una cacería.

La vida me ha ido quitando posibilidades que antes fueron mías, y parece como si a cambio me estuviera dejando el escribir como un último don.

Cuando las pérdidas parecen cubrirme los ojos, escribir y pintar me renacen.

Escribir como lo último que me va quedando.

También los afectos. Siempre.

Viernes

Vengo a España temiendo no encontrar a quien busco, tan cambiada la he visto que temo no reconocerla. Temo que vayan a traicionar a Quijote, así dados como están a «gratificarse» con cosas compradas, y a toda costa parecer ingleses o norteamericanos.

¡Por favor! ¿Qué quedaría de los iberos sin Quijote?

Lo advirtió León Felipe:

*Ya no hay locos,
ya no hay locos en España
ya no hay locos.
Se murió aquel manchego,
aquel estrafalario fantasma del desierto.*

Cuando uno no anhela combatir más contra los molinos, algo irremediable se apodera del alma del hombre.

Y no me refiero a las permanentes caídas, a la lucha contra el Mal en que se debate el ser humano.

Contra la indiferencia, la desidia, el egoísmo, el odio.

Y de la cual vuelve a nacer quijotescaamente creyente, a pesar de todo y contra todo.

Cuando Leonardo comienza a sentirse viejo, la muerte le preocupa y escribe con letra pequeña en su anotador «no se debe desear lo imposible», lo que indudablemente es una triste réplica a la vastedad de sus ilimitados anhelos. Y sin embargo vuelve a entregarse a su obra. Y anota «ahora continuaré». El duro invierno de 1519 y el Destino habían decidido otra cosa. Pero él había esbozado sus sueños, sus alas; y el tiempo las desplegó.

La vida de todo ser humano oscila entre esa ilusión del ideal y la pesadumbre de lo fáctico, esa chatura que llamamos realidad. La existencia reducida a lo material cae en un fascismo opaco que aborta lo mejor de la existencia en aras de este absolutismo de la «realidad» que hoy adoramos, estúpidamente.

Recuerdo que en la facultad estudiábamos el «progreso» como el paso del mito al *logos*, del mito a la razón; y nos sentíamos unos genios por haber superado el oscurantismo antiguo y medieval.

Sin los mitos los hombres no soportarían la experiencia de lo contingente. Quedaríamos pulverizados si nouviésemos un vínculo que entramara nuestra existencia. Sin narración es imposible vivir.

Cuanto más procuramos deshacernos de los mitos, más mitos aparecen. Estos mitos sustitutivos son antirreligiosos y pueden postular un mundo sin Dios, pero tienen una estructura claramente religiosa.

Nietzsche, el genial Nietzsche, el loco Nietzsche, es quien mostró que el mero historicismo, la mera suma de datos, históricos o cotidianos, no alcanza para vivir, y muy al contrario nos paralizan.

Más tarde

Elvira me recuerda algo que escribí hace cincuenta años.

Cuando el hombre era una integridad y no este ser patéticamente escindido que nos ha proporcionado la mentalidad moderna, la poesía y el pensamiento constituían una sola manifestación del espíritu. Como afirmó Jaspers, desde la magia de las palabras rituales hasta la representación de los destinos humanos, desde las invocaciones a los dioses hasta las plegarias, la poesía impregnaba la expresión entera del ser humano. Y la primera filosofía, aquella primigenia indagación del cosmos desde las costas jónicas, no era sino una bella y honda expresión de la actividad poética. Pero en esta destructiva era de la desmitificación (que torpemente se confunde con desmistificación, como si mito y charlatanismo fueran la misma cosa), se ha pretendido que el progreso está jalonado por el paulatino desalojo del pensamiento poético: freudianos, positivistas y buena parte de marxistas trataron de colonizar los nuevos territorios después de «sanear los pantanos de la inconsciencia».

Tenemos a la vista el fracaso.

Hace falta lo que Nietzsche llamó «atmósfera envolvente». Aquello que da encanto a la vida, que la enamora: ilusiones, pasiones, amor, relatos, furias quijotescas, imposibles búsquedas, inalcanzables deseos. Pueden no ser verdaderos pero se vuelven verdaderos en las vidas de quienes tienen el coraje de vivirlos. Paradójicamente, quienes encarnan estas irrealidades son vitalizados por ellas.

La vida debe ser sostenida y fecundada en la ilusión.

Lo que importa no es la «realidad estricta» que algo contenga, sino aquella altura a la que apunta.

Es gracias a ese imposible que nos elevamos por encima de todo lo posible. Es el entusiasmo el que nos mantiene vivos.

De paso me han dicho que entusiasmo quiere decir estar inspirados por los dioses. Algo que parecerá muy retrógrado a la feligresía del progreso.

Sábado, en el hotel Suecia

Quise quedarme en el hotel. Al contrario de lo que siempre me ha pasado, me gusta enormemente vivir en este hotel. Es nórdico pero en Madrid. Esta combinación suena bien, aunque creo que parte de mi gran pasar se lo debemos a Juan Pablo, y a los demás muchachos de la recepción. Y no es justo olvidar el excelentísimo salmón marinado, desde siempre una de mis comidas preferidas, pero acá, y a la sueca, me quita las ganas de salir.

En este viaje, Elvira ha traído mis pinceles, acrílicos, óleos, y cartones entelados. Para ella se trajo el mate. Un verdadero *atelier* tenemos en el sexto piso, con ventanales al Prado.

Seguí corrigiendo las conferencias.

Que estamos frente a la más grave encrucijada de la historia es un hecho tan evidente que hace prescindible toda constatación. Ya no se puede avanzar por el mismo camino.

Basta ver las noticias para advertir que es inadmisibles abandonarse tranquilamente a la idea de que nuestro país —y el mundo— superará sin más la crisis que atraviesa.

Como dijo María Zambrano:

«Las crisis muestran las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación. Entonces, en medio de tanta desdicha, los que